



Un filtro de amor

El hombre está sentado en un sillón magnífico; a su espalda está Dakar, el cielo y los milanos y los edificios decadentes de la ciudad de Dakar. El hombre tiene a su derecha, sobre el suelo, una botella de agua que utiliza con frecuencia; en África siempre hace calor, en África un hombre occidental siempre tiene sed. El líquido le deja un regusto extraño hace ya varias semanas, pero quizá ese sabor –casi repulsivo– nazca de su interior y no del agua; sufre un dolor constante y molesto en las piernas, que le ha llevado a comer con voracidad inacostumbrada, buscando en la carne o el pescado o los dulces, energía extra para combatirlo. Está engordando, pero el dolor no cede ni desaparece. Coloca la botella de agua frente a sus ojos y la mira, con preocupación, al trasluz.

¿Sería posible que alguien estuviera tratando de envenenarlo? En Madrid a nadie se le ocurriría pensar una cosa así, pero en África, en Senegal... Allí se pueden comprar pócimas para prolongar la vida o para lograr que quien la beba se enamore de quien la ha pagado en cualquiera de los infinitos mercados callejeros. Mira la botella; dubitativo. Nada pierde por llevarla a analizar al Pasteur.

Dos días después lee en el informe que se han encontrado restos de sustancias orgánicas en el interior de la botella; pelo triturado, fluidos corporales, y azúcares: el sabor dulzón.

“No han intentado envenenar-



En África siempre hace calor, en África un hombre occidental siempre tiene sed

lo, señor. Solamente que se enamorara usted de alguna mujer, probablemente alguien que trabaja en su oficina; y más probablemente una africana que una occidental”. Él mismo deduce que se trata de la señora de la limpieza, aunque también podría haber sido el chófer, o la bella secretaria senegalesa que él mismo había contratado al poco de llegar.

Tendría que despedirla, pero

finalmente decide no hacerlo. Al cabo es una pobre mujer, y jamás encontrará un trabajo tan bien pagado como el que ahora tiene; además le resulta conmovedor que –siendo más bien fea y mayor– se haya gastado su dinero para intentar que su jefe se enamore de ella. La advierte y amenaza, pero no la despide. En cuanto deja de beber el agua tocada con el filtro de amor desaparecen las molestias en las piernas, sus comidas se regularizan y vuelve a su peso habitual.

Solo años después, muchos años después, y ya en Madrid tras abandonar la empresa que lo había enviado a África como jefe de su pequeña sucursal en Dakar, para dedicarse a su propio crecimiento personal, el hombre comprende –un día, inesperadamente, como una iluminación– que el filtro de amor había funcionado, cumplido de modo perfecto su función. Porque la mujer no pretendía –por supuesto– que él se enamorara de ella; sólo que no la despidiera; había percibido sin duda la intención en sus ojos verdes y caprichosos, el brillo vesánico al mirar como limpiaba: con torpeza y mal. Eso es lo que pretendía lograr la mujer cuando sacó un fajo de billetes, los puso en las manos de un marabú y le explicó que necesitaba conseguir de su magia: que no la despidieran. Que el hombre blanco loco no la despidiera. Y en efecto: el hombre blanco loco no la despidió. ■

www.javierpuebla.com